

Buenas noches a todos.

Soy Inés, la hermana pequeña de Marta, y sí: la que compartió habitación, armario y, a veces, la paciencia con ella durante muchos años.

Crecimos en un cuarto que tenía un metro cuadrado de caos creativo y otro metro cuadrado de orden milimétrico. Adivinad cuál era de quién. Marta pegaba etiquetas a todo: “rotuladores finos”, “rotuladores menos finos” y “rotuladores que en realidad son bolis pero no pasa nada”. Si alguna vez perdí un calcetín, aparecía clasificado por color y estación del año. Esa mezcla de creatividad y precisión me educó sin que nos diéramos cuenta: ella me enseñó que las ideas vuelan más alto cuando les pones un buen plano de vuelo.

Y ahora, el asunto contractual: la anécdota del desastre del pastel de 2012. Aquella tarde, Marta decidió que podía hacer una tarta de varios pisos “porque en YouTube lo hacen en cinco minutos”. Terminamos con una obra maestra inclinada, glaseado en la pared, glaseado en el gato —sin daños permanentes, tranquilos— y nosotras dos riéndonos con una cuchara en cada mano, comiendo directamente de lo que sobrevivió. Lo mejor: Marta no se rindió. Al día siguiente, con una bandeja nueva y una receta ajustada al milímetro, sacó una tarta que todavía hoy recordamos. Ese es su sello: crea, calcula, y si algo se cae, lo reconstruye mejor.

Cinco años atrás, en la Sierra de Guadarrama, llegaron las botas, la mochila... y Carlos. Yo no estuve en aquella ruta, pero he escuchado la historia tantas veces que casi puedo oler el pino. Dicen que Marta llevaba el mapa plastificado con subrayados de colores, y Carlos, con la calma de quien siempre encuentra el camino, soltó su primer chiste a los diez minutos: “Si nos perdemos, seguimos al que lleve más bocadillos”. No se perdieron. Se encontraron. Y desde entonces han hecho equipo incluso cuando el sendero no estaba señalizado.

Carlos, tú eres paciente de verdad —paciente de esas personas que esperan a que la cola avance sin mirar el reloj cada treinta segundos— e ingenioso de los que resuelven un apaño con una brida, una sonrisa y dos frases bien puestas. Siempre tienes un chiste a mano, pero no para tapar, sino para abrir huecos de luz cuando la cosa se pone seria. Te he visto escuchar a Marta con atención de cirujano y celebrar sus ideas como si fueran goles en el último minuto.

Una tarde, en vuestra casa, os vi montar una estantería. Marta sacó un plano en cartulina donde había dibujado el orden de las piezas “por si el papel se pierde”, y tú, Carlos, convertiste el tornillo que faltaba en un “truco secreto del oficio” que funcionó a la primera. Acabasteis con una estantería recta y, lo más raro, con dos personas igual de tranquilas que al empezar. Fue un espectáculo. Ahí entendí cómo os cuidáis: ella piensa en diez pasos por adelantado; tú haces que el paso once llegue con buen humor.

También os vi en pequeño: preparando una escapada. Marta con un cuaderno de ideas llenito de post-its; Carlos probando cuánto café cabe en un termo “por ciencia”. Llovió aquel fin de semana y el picnic terminó en el coche, con música y risas empañando los cristales. Eso es amor práctico: no negar la lluvia, sino convertirla en plan B agradable.

Papá, mamá, gracias por habernos enseñado a celebrar lo bueno y a reparar lo que se tuerce. Gracias por darnos una casa donde se podía probar, fallar, volver a intentar y pedir perdón sin manual, pero con mucha práctica. Hoy se nota esa escuela en Marta, y también en cómo Carlos ha encajado en nuestra familia con la naturalidad de alguien que ya estaba en la foto y sólo faltaba imprimirla.

A Marta quiero decirle que admiro cómo proteges tus ideas, como quien cuida una semilla hasta que asoma. Y cómo cuidas a los tuyos con listas y con abrazos, con planes y con improvisación cuando el pastel decide deslizarse por la encimera.

A Carlos, que gracias por quererla tal como es: con sus mapas de colores, con

sus “espera, que lo ajusto un milímetro” y con esa determinación que saca lo mejor de quien tiene al lado. Y gracias por traer a la mesa tu paciencia, tu ingenio y esos chistes que, confieso, ya están empezando a gustarme demasiado.

Mi deseo para vosotros es sencillo: que sigáis caminando como en aquella ruta. Que quien tenga más aire tire un poco del otro, que quien vea el desvío avise sin gritos, que las subidas se celebren en la cima con algo rico, y que en las bajadas nadie corra sin mirar si el otro viene cómodo. Y si un día el camino se pierde, que os encontréis igual que aquel primer día: con humor, con un mapa bien pensado y con ganas de compartir los bocadillos.

Dicho esto, y sin chistes demasiado privados —que esos ya os los guardáis para casa—, levantemos nuestras copas por Marta y Carlos: por una vida de risas que no tapan, de planes que se afinan, de estanterías rectas y pasteles cada vez más estables. Por las rutas largas, las mochilas ligeras y por elegir el mismo compañero, día tras día.

Salud.

Este discurso fue creado con discursoboda.es. Responde algunas preguntas y genera tu propio discurso personalizado ahora en discursoboda.es

Crea tu propio discurso personalizado en discursoboda.es